



MENSAJE

DEL PRESIDENTE DE LAS CORTES DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

D. Luis Jiménez de Asúa

— A los treinta y cinco años de proclamada la segunda República española, a los treinta de haber sido agredida por traidores españoles, que le habían jurado fidelidad, por moros mercenarios, italianos de Mussolini y alemanes de Hitler, y a los veintisiete años de exilio, nos importa recapitular lo que el Gobierno desterrado hace y piensa. Urge meditarlo hoy en que el franquismo agotado, sin posibilidad de futuro, busca afanosamente salida, ante el descontento general y el auge de la oposición en la propia España.

En otros mensajes, en tan señalado día, hemos procurado dirigirnos a la considerable masa de expatriados que, en tres continentes, aguardan la liberación de su patria. Los gobiernos exilia-

dos lo han hecho así siempre, sin perjuicio de buscar y conseguir contactos con los antifranquistas que viven en nuestra patria.

Estas relaciones, más o menos íntimas y casi siempre secretas, se han hecho desde hace poco, mucho más intensas y declaradamente públicas. Los nombres de los que fueron en España guías políticos, profesores universitarios, eminentes intelectuales, trataron de ser borrados de la memoria de sus partidarios, de los cuadros universitarios, de las prensas, de los escaparates de las librerías y hasta de las obras científicas. Inexplicablemente, para quienes trataron de hacer esa tarea negativa, esos nombres proscriptos renacen hoy, a menudo con terrible enojo de los frustrados sepultureros, a veces con la indecorosa intención de apropiarse la gloriosa memoria de los asesinados por su mano o de los que murieron en la huída para evitar ser muertos, como ocurre con Machado y García Lorca.

Incluso gentes que constituyen este gobierno en Exilio, recién, en Europa o en el lugar que habitan, frecuentes visitas y copiosa correspondencia que les prueba cuán vivo está el recuerdo de la República y de sus hombres, hasta en jóvenes nacidos después de la mal llamada guerra civil.

Importa sobremanera que el **exterior** exiliado, y el **interior** en que acrece por días la oposición y la resistencia, se comprendan mutuamente y marchen coordinados. Aunque, como acabamos de señalar, cada vez se conocen mejor por las juventudes de dentro de España, los hombres y la obra de los expatriados, interesa que no haya mal entendimiento.

La unidad de acción y el papel de cada grupo han de ser firme y lealmente establecidos. El **exterior** está ciertamente compuesto por hombres que han envejecido en el exilio y que inevitablemente piensan con añoranza en las instituciones que proyectaron, primero, moldearon, después, y defendieron, al fin, con sacrificio de vidas y de bienes. Mientras los desterrados viven con el afán de ver proclamada la República, ha crecido en España una generación sin vivencias de la guerra; pero con definido

empeño de derribar el franquismo y conquistar la libertad. No creo que haya hoy ningún opositor o resistente a la tiranía del «Caudillo»; que no considere —sea republicano, social-demócrata o socialista, y hasta monárquico constitucional— la necesidad de dar el más amplio contenido social a la nueva España que se gesta, a pesar de censuras, prohibiciones y castigos. Sin embargo, esa magnífica juventud tiene hacia los desterrados la incompreensión que, inevitablemente, ha existido siempre —si bien hoy sea más aguda y aparente— entre las generaciones que en un instante dado conviven y se oponen.

Debemos darles razón en cuanto los exiliados, no sólo contemplamos el ayer con nostalgia y callado deseo de que renazca hoy, sino que habitantes en países que están lejanos y que han llevado otro curso en su desarrollo, carecen de la vivencia de cómo ha transcurrido la inevitable evolución, física, intelectual y económica de la patria lejana y deseada.

Pero también han de dárnosla esos jóvenes, reconociendo que los viejos maestros que a nosotros nos adoctrinaron no han podido ser oídos por ellos. Es verdad que en materia política más se aprende en la vida que en los discursos y los libros; pero los antiguos adalides que cayeron en la lucha o que han muerto en el destierro, nos dieron lecciones nada teóricas sino esencialmente vivas y prácticas.

Errado estará, sin embargo, quien crea que con muchos años encima se puede actuar en la vida política futura de España, en que la acción y hasta el riesgo han de contar más que la sabiduría. Quienes volvamos a España en cuanto sea posible —y la mínima condición está en que el déspota desaparezca como «Caudillo»— podemos ser consejeros de los nuevos hombres; de ese sesenta por ciento de españoles que eran niños durante la contienda o que han nacido después. Bien entendido que no queremos reproducir el histórico sistema del «Consejo de Ancianos», sino que nos brindamos a señalarles los errores que cometimos y los aciertos que logramos, siempre que el consejo sea solicitado.

Creemos que, en España, en el instante que se descaudille, no cabe otro sistema que el republicano. Andar en busca de rey, como hace cien años, cuando las pocas coronas que aún imperan o son restos fósiles o se han republicanizado conservando tan sólo una realza de nombre y de representación, no sólo es anacrónico sino ridículo y si hay algo que el español repugna es caer en él. Una tercera República será proclamada pronto. No pretendemos gobernarla. El papel de este Gobierno exiliado es, como venimos diciendo reiteradamente, mantener la continuidad, esa continuidad que México ha comprendido mejor que nadie y que acaba de ser expresada, ante un «reporter», por su vigente mandatario, el Licenciado Gustavo Díaz Ordaz. No debe haber solución de continuidad entre la Segunda República, derrotada por la fuerza y la coalición extranjera, y la Tercera República que alborea.

Y ahora, en este año 1966, en que crece en España la protesta obrera, estudiantil y universitaria, un deber más se ha asignado este Gobierno en el Destierro: que el interior y el exterior se comprendan, y repartan equitativamente sus papeles. Nosotros, por ser el pasado, representamos la experiencia acumulada en treinta y cinco años de vida republicana. Al interior, por ser el futuro, le corresponde la acción y el gobierno de la Tercera República Española que, cada vez con más urgencia, llama a las puertas de la patria en que el miedo ha sido reemplazado por la esperanza.

Buenos Aires, Abril de 1966.